

El presente documento constituye el anexo del X informe de Análisis de Coyuntura Latinoamericana que cubre el período Enero-marzo 2011

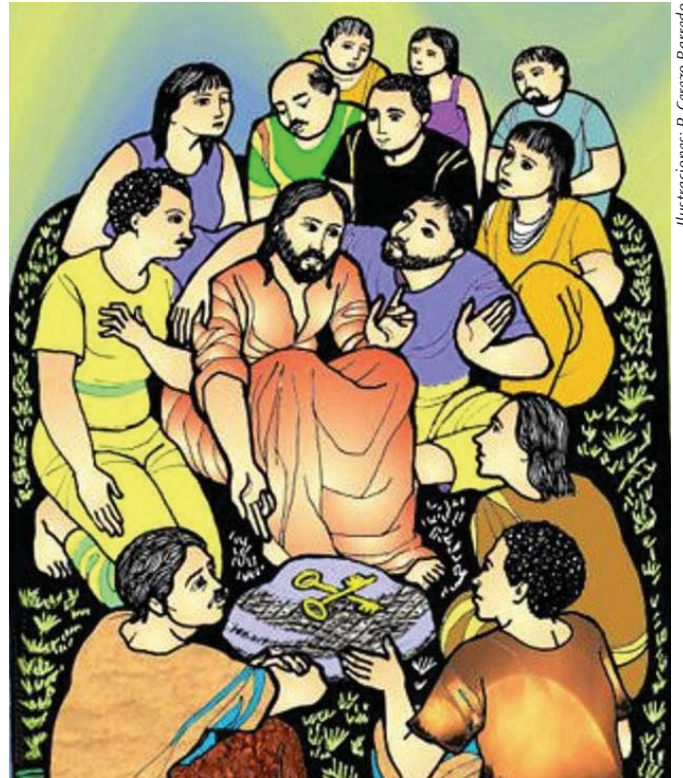
Culturas urbanas y prácticas pastorales en la sociedad de hoy

Entendemos el tema como qué prácticas pastorales propone la teología para la ciudad latinoamericana actual. Pero para poder responder responsablemente, tenemos primero que discernir el momento histórico de la ciudad¹. Este discernimiento, aunque de carácter interdisciplinar, le incumbe también a la teología. El cristiano que quiera ver la realidad como tal, tiene que fijarse en cómo la ve la comunidad divina, cómo le afecta y qué decide sobre ella. Por tanto iremos discerniendo a medida que caracterizamos la situación.

Discernimiento de la situación de la ciudad

La ciudad latinoamericana actual es muy compleja ya que en ella conviven personas de diversas etnias y culturas, incluso podemos decir con rigor, de diversas épocas, aunque todas coincidan en el mismo espacio y en el mismo tiempo cronológico. Pero no sólo coexisten personas de distintas culturas; también dentro de la misma persona pueden coexistir culturas distintas: uno que en su empresa ha asumido la última revolución tecnológica y organizacional, con el servicio de su casa o con el personal de su hacienda puede comportarse, sin embargo, como un criollo tradicional.

Para ir desentrañando esta maraña, vamos a tratar de dilucidar esa impregnación ambiental que suele denominarse posmoder-



Ilustraciones: P. Cerezo Barredo

nidad, pero que en realidad es un precipitado de elementos incompatibles. Para poner claridad y poder distinguir entre muchas conductas que se presentan simultáneamente, pero que en realidad son heterogéneas, creo que es muy pertinente distinguir entre la posmodernidad y el postsecularismo.

Discernimiento de la hipermodernidad

Entendemos por posmodernidad, tardomodernidad o hipermodernidad a la exacerbación de la modernidad que parece morderse la cola; es decir, a tendencias de la modernidad que, al llevarse hasta sus últimas consecuencias, se salen de la matriz en la que tenían sentido y se vuelven caricatura o locura, causando estragos. Las manifestaciones más devastadoras de esta modernidad hipertrofiada y salida de madre son²: el indivi-

Nota: Este anexo es una condensación de un trabajo extenso titulado *Pensar la sociedad de hoy ante la postmodernidad* del teólogo Pedro Trigo, s.j. Dejamos sentado que parte de los efectos perversos de la condensación de trabajos extensos en poco espacio sea la pérdida de claridad expositiva, responsabilidad exclusiva de quién condensó el texto y no del autor. Condensó: Jesús E. Machado M.

¹ Por eso presuponemos los trabajos de base de Comblin, *Teología de la ciudad*, EVD, Estella 1972 y de Niño, *La Iglesia en la ciudad*. Pontificia Universidad Gregoriana, Roma 1996.

² Habermas, bajo el rubro de "una descarrilada modernización de la sociedad en su conjunto", presenta una caracterización similar en *Entre naturalismo y religión*. Paidós, Barcelona 2006, 112-113.

dualismo en el sentido preciso de la pretensión de nacer de sí mismo, de atenerse a sí mismo en las buenas y en las malas, de no buscar la salvación en nada ni en nadie, de darse a sí mismo sus propios parámetros y de ser hijo de sus obras; y por tanto, la crítica de todo horizonte de sentido, actitud que conduce al nihilismo. El individualismo impide plantearse nada en común, impide que exista la sociedad y la política en el sentido clásico de la búsqueda del bien común. De ahí, la absolutización de lo procedimental en los poderes públicos y el confinamiento del contrato social a ese ámbito, de modo que los fines los ponga sólo cada individuo, si quiere ponerlos y no vivir conductualmente o, dicho de otro modo, en las vigencias sociales. La absolutización del éxito, independientemente de los medios, la orientación vital al logro, supeditando a él a las demás dimensiones humanas bajo el supuesto de que todos los medios valen con tal de que sean eficaces; la preponderancia absoluta del capital, incluso del capital financiero y la supeditación a él, no sólo del trabajo sino de los poderes públicos. La corporativización de la sociedad por la preponderancia, sin contrapeso, de las corporaciones mundializadas. El no reconocimiento del otro, considerándolo como no ciudadano o no de primera clase por no participar de las características mencionadas. La soledad y, más aún, la violencia a muy diversos niveles por la desaparición de la palabra como el puente tendido entre sujetos y grupos. La espectacularización de todas las manifestaciones sociales, que dejan de ser acontecimientos y se convierten en puestas en escena para ser consumidas...

Nos preguntamos si es viable una sociedad así, si no acabará implosionando; y más profundamente, si en ella caben auténticos

sujetos humanos. Se nos arguye que no podemos considerar sólo como sujetos humanos cualitativos a los que ha habido hasta ahora; que estamos presenciando la emergencia de nuevos tipos y que no los podemos juzgar desde los parámetros antiguos.

Para nosotros el parámetro absoluto de humanidad es Jesús de Nazaret, pero no por ser un representante eximio de una determinada cultura sino por su envergadura humana. Jesús es el ser humano que supera infinitamente a cada uno de los seres humanos. Y precisamente por eso todos los demás nos medimos por él³. No consideramos a ninguna cultura como absoluta ya que todas son meros caminos para la constitución de seres humanos cualitativos y el ser humano cualitativo no cabe en ninguna, aunque ningún ser humano puede transitar hacia él sino dentro de una cultura; lo que implica que tiene que vivir en ella dinámicamente transformándola incesantemente.

Pues bien, Jesús de Nazaret es Hijo y Hermano. Ésas son las dos coordenadas que lo definen como las dos caras de una única moneda, aunque para ser más precisos había que explicitar que se ha

hecho hermano nuestro, que nos lleva a cada uno en su corazón, precisamente por ser el hijo único de Dios. Esas dos coordenadas son las que rechaza la hipermodernidad: si se aspira a nacer de sí mismo, se está expresando que no se acepta como hijo, y si se define como ese individuo concreto, también se rechaza la condición de hermano, es decir la existencia de vínculos obligantes, más aún, de relaciones constituyentes, con todos los seres humanos.

Desde estas coordenadas habría que decir que, aunque bastantes habitantes de la ciudad no se definan como hipermo-

Para nosotros el parámetro absoluto de humanidad es Jesús de Nazaret, pero no por ser un representante eximio de una determinada cultura sino por su envergadura humana.



Ilustraciones: P. Cerezo Barredo

³ Trigo, "Jesús, paradigma absoluto de humanidad". En: *Jesucristo, prototipo de humanidad en América Latina*. Obra nacional de la Buena Prensa, México 2000, 85-128.

ernos, eso no significa que se definan como hijos y hermanos. Puede ser que esas dimensiones no estén ausentes, pero de ahí a que definan a las personas hay un abismo que en muchos casos no es colmado ni por el deseo, mucho menos por un proceso decidido en esa dirección. De aquí se seguiría también que no pocos bautizados no son en realidad cristianos, si el cristiano es un seguidor de Jesús, alguien que lo tiene sinceramente como paradigma e intenta investirlo denodadamente, no por moral sino como evangelio: por la alegría de ese tesoro descubierto.

Discernimiento del postsecularismo

Entendemos por postsecularismo una posición ante el mundo que, afincándose en el uso analítico y crítico de la razón propio de la modernidad ilustrada, ha renunciado a absolutizarlo y se abre a la realidad percibiendo que lo desborda y por eso, además de inquirir y observar metódicamente, percibe que tiene que abrirse a su manifestación que no se puede reducir a experimento controlable porque no se puede forzar sino que hay que acompañarse a su ritmo y esperar su manifestación, sobre todo cuando se trata de la realidad humana y del misterio fontal que hace existir fuera de sí y libre de sí a la realidad y que a la vez la religa libremente a sí.

Por eso, prosiguiendo con la razón instrumental y con la crítica a la tradición y a la religión, considera que para salir de la unidimensionalización moderna, tiene que incorporar otras dimensiones. Considera que, establecida firmemente la sana secularidad, es decir la independencia de la ciudad y sus instituciones cívicas respecto de poderes tradicionales y entre ellos las instituciones religiosas, es el momento de recuperar muchas otras dimensiones humanas que no entran en el contrato social que fundamenta al Estado, entre ellas la comunitaria en sus diversas manifestaciones, la corporal, la simbólica, la lúdica, la sexual, la ritual, la contemplativa, la religiosa. Y más en general, lo valioso por encima de lo útil, la experiencia, el acontecimiento, el diálogo, el pensamiento complejo, el misterio.

Todas estas dimensiones, aunque en principio son imprescindibles para la constitución humana cualitativa, en su realización concreta e incluso programática son siempre ambivalentes e incluso pueden ser mucho más negativas que positivas. Por eso no



Ilustraciones: P. Cerezo Barredo

Creo que si algo tendría que aportar la postsecularización sería este reconocimiento por parte de la ciudad, no de la religión como tal o de la institución eclesial como representante de una determinada religión

pueden ser consumidas según la lógica del mercado. Más aún, podemos afirmar que cuando revisten el formato de la mercancía, quedan desustanciadas, no son ya cualitativas sino meros sucedáneos. Por eso se requiere que quienes las practican lo hagan desde la autonomía personal y el diálogo libre y franco con los demás participantes.

La ciudad tiene que reconocer que necesita de ellas y que a la

vez tiene que estar muy atenta y vigilante ante sus resultados. Porque pueden ser inocuos, aberrantes o imprescindibles para la marcha de la ciudad.

Lo que tiene que averiguar la ciudad son los resultados de esas propuestas e instituciones y que tiene que contar con las que adensan al sujeto humano y a la convivencia

simbiótica. Que no puede juzgarlas y que no puede intentar mediatizarlas, porque en cuanto pasen a ser instituciones ciudadanas ya no pueden lograr esos objetivos. Debe darse en todo caso independencia mutua. Pero la ciudad debe apoyar lo que reconocidamente ayuda a la humanización y a la convivencia simbiótica.

En este sentido literal la ciudad puede inculcar una moral ciudadana y esto debe ser altamente valorado. Pero tenemos que convenir que se pueden tener buenas costumbres sin ninguna trascendencia ética. Y que las buenas costumbres son radicalmente insuficientes, no sólo para que nos vayamos constituyendo en seres humanos cualitativos sino para que la ciudad sea vivible⁴.

Creo que si algo tendría que aportar la postsecularización sería este reconocimiento por parte de la ciudad, no de la religión como tal o de la institución eclesial como representante de una determinada religión, sino de aquellos efectos beneficiosos para la ciudad y de las personas e instituciones que los producen y en tanto los sigan produciendo⁵.

⁴ Trigo, *Dar y ganar la vida*. Mensajero Bilbao 2005, 37-49.

⁵ En este sentido habla Habermas de "la apropiación de contenidos genuinamente cristianos por parte de la filosofía (...) como responsabilidad, autonomía y justificación, así como historia y recuerdo, nuevo comienzo, innovación y retorno, además de emancipación y cumplimiento, enajenación, interiorización y encarnación, individualidad y comunidad" (Habermas, *Entre naturalismo y religión*. Paidós, Barcelona 2006, 116).

Quienes sustentan cosmovisiones religiosas tienen que aceptar que hay otros que tienen razones para no compartirlas, o sea que por el hecho de no compartirlas no son malévolos, pecadores y, menos aún, réprobos. Por su parte quienes sostienen visiones secularistas no pueden ver a los religiosos como infantiles e irracionales por el hecho de definirse como religiosos. Eso implica que en la ciudad caben ambas cosmovisiones en coexistencia pacífica que deben entrar en sinergia y aprender mutuamente.

Creo que todo esto es lo que tiene que sostener un católico que haya aceptado cordialmente el concilio Vaticano II. En primer lugar porque la Iglesia no es la institución de salvación sino el sacramento de salvación, es decir, el signo de que el Espíritu de Dios, que para ella no es otro que el de Jesús de Nazaret, la está obrando en la historia, la que señala cómo la obra y la que se pone a su servicio. Y ya se sabe que el sujeto que obra esto no es la institución eclesiástica sino el pueblo de Dios, en el seno del cual está también la jerarquía, como una parte muy significativa, pero ínfima.

Ahora bien, hay otra fuente más básica de esta inmersión de los cristianos en la ciudad: Dios nos ha querido salvar no desde arriba y desde fuera sino encarnándose, humanizándose, compartiendo su suerte con toda la humanidad. Jesús no vino como un hombre de la institución eclesiástica sino como uno de tantos. Nos salvó no a través de la religión estatuida sino en la vida, en la vida como un todo con su pluriformidad irreductible, una vida vivida delante de Dios, como su Padre materno y con los seres humanos como sus hermanas y hermanos.

Si Jesús no fue una persona que se definió por su pertenencia a una institución eclesiástica, tampoco se definió por su pertenencia a un Estado. Participó del culto y cumplió con sus deberes ciudadanos, pero criticó duramente a las autoridades religiosas y a muchas de sus prescripciones negándoles su carácter de sagradas y reduciéndolas a preceptos humanos y correspondientemente respondió a quien le preguntaba por la legitimidad del tributo, que había que obedecer al César en la medida en que fuera compatible con la obediencia a Dios. Pero esta obediencia no la puso en una sumisión heterónoma a un Señor absoluto, en el sentido mundano, ya que Dios, como Padre materno, no quiere nada para sí sino sólo amor y lo único que pide es que nos hagamos prójimos de los necesitados como expresión de esa vida de hijos suyos.

Es decir que el cristianismo pretende que la trascendencia, tanto respecto del aparato religioso como del estatal, tiene como finalidad que no se absoluticen, de manera que estén al

servicio real de los seres humanos, sobre todo de los más necesitados.

Este designio de Dios, revelado en Jesús, nos lleva a concluir que para nosotros los cristianos, fuera de la humanidad no hay salvación. No hay salvación para una clase social a costa de las otras ni para una nación y un Estado a costa de los demás ni para una corporación a costa de lo que sea ni para los adherentes a una religión a costa de las demás y de los no creyentes. No es salvación la que no tenga en su horizonte a todo el ser humano y a todos los seres humanos. Porque Dios no es sólo nuestro creador; es decir, quien nos da nuestra vida en una relación constante de amor, sino que es el Padre materno común porque al hacerse nuestro hermano su Hijo único, en él hemos llegado a ser hijos verdaderos suyos. Este estatuto de hijos ha sido sellado

al derramar en la Pascua a su Espíritu de hijos a cada ser humano. Así pues, nosotros tenemos razones firmísimas para dedicarnos al bien de los ciudadanos.

Ahora bien, para que ese aporte pueda dar de sí a plenitud, el sujeto de la Iglesia tiene que llegar a ser de hecho todo el pueblo de Dios, un pueblo personalizado;

Jesús no vino como un hombre de la institución eclesiástica sino como uno de tantos. Nos salvó no a través de la religión estatuida sino en la vida, en la vida como un todo con su pluriformidad irreductible.



es decir, un pueblo de cristianos adultos, conscientes y libres, que por eso se congregan en comunidades y asociaciones en las que todos son deliberantes y contribuyen con sus haberes, un pueblo al que se reintegren los miembros de la institución eclesiástica.

Este cristiano consciente de sí y adulto, y las comunidades e instituciones en las que participa como cristiano no quieren ningún privilegio por parte del Estado porque saben que al aceptarlo se incapacitan para aportar trascendentemente a la ciudad y a los ciudadanos. Sólo piden libertad para vivir como tales y para que sus organizaciones puedan cumplir con sus fines.

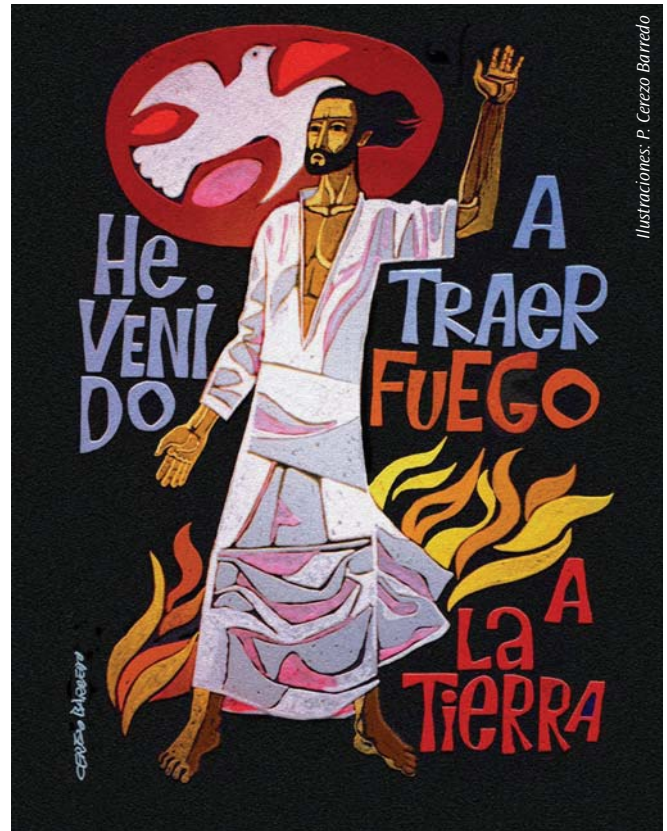
Sin embargo, sí creen conveniente que el Estado apoye sus organizaciones humanitarias, no en tanto que suyas sino en cuanto que reconocidamente contribuyen de modo sensible a los fines de la sociedad, tanto a robustecer la condición de sujeto de los ciudadanos cuanto a discriminar positivamente a los discriminados y, más en general, a quienes se encuentran en desventaja comparativa.

Líneas pastorales que se siguen de estos discernimientos

Para precisar qué pastoral sería adecuada para esta ciudad, tendríamos que referirnos a aquellos procesos que corresponden a los discernimientos que hemos llevado a cabo y a la índole del cristianismo. Ahora bien, es crucial que al comprender el cristianismo para ver qué puede esperarse de él, no nos restrinjamos a considerar la acción organizada de la institución eclesiástica sino, sobre todo, el aporte de todo el pueblo de Dios; es decir, de cada uno de los bautizados que viven personalmente su fe cristiana en la ciudad y, particularmente, la acción de los laicos.

Adensamiento del sujeto humano: de la servidumbre al servicio

El primer objetivo de la pastoral es el adensamiento del sujeto humano de manera que crezca en las diversas dimensiones, libere su libertad y la ejerza en la entrega de sí, en la responsabilidad con los hermanos y la ciudad⁶, tanto por el cumplimiento de sus



Ilustraciones: P. Carezo Barredo

deberes y el ejercicio de sus derechos como por el ejercicio deseado y gozoso de vida buena.

Para el cristianismo el sujeto humano se define por la conjunción de dos dimensiones: la condición de hija o hijo de Dios y la condición de hermana o hermano de todos desde el privilegio de los pobres. Estas dimensiones no se dan al lado de otras consideradas menos decisivas sino que las permean modulándolas⁷. Así pues, debe trabajarse por un ejercicio de la política, de la economía, de las relaciones sociales y familiares, del descanso y la fiesta, de la soledad y el silencio que sea expresión de ambas relaciones. Si este ejercicio no existe en una medida apreciable, no es cierto que se vive como hijo de Dios y como hermano de los demás. Ahora bien, si la persona se afinca en esa doble relación trascendente, libera su libertad y se capacita para vivir en la ciudad no como mero miembro de conjuntos que recibe de ellos las pautas sino como un sujeto autónomo⁸ que ejerce su libertad en el servicio.

⁶ Es el nuevo humanismo del que habla el n° 55 de la *Gaudium et Spes*, que se refiere no a la ciudad sino a la historia. Nosotros hemos establecido una sinécdoque, al tomar la parte, una parte muy significativa, por el todo.

⁷ Es el *cantus firmus*, del que hablaba Bonhoeffer.

⁸ Esta autonomía reconoció y prescribió la Declaración sobre libertad religiosa, *Dignitatis humanae*, del concilio Vaticano II: *Constitutiones. Decretos. Declaraciones*. BAC, Madrid 1966, 683-705.

En efecto, si alguien descansa en PapaDios como fuente real de su vida y en la fraternidad de hermanas y hermanos en Cristo, tiene capacidad, como dice de sí Pablo, para vivir en la abundancia y en la pobreza, en la buena y en la mala fama, acepta de buena gana los dones que son expresión de fraternidad, pero sabe prescindir de lo que hipoteca la libertad e incluso la dignidad. Esa persona, como tiene ya el reconocimiento trascendente de PapaDios y el de los hermanos, no necesita buscarlo en la acumulación de capital, poder e influencias. Esa persona puede dedicarse profesionalmente a algo que, a la vez que le proporcione medios de vida, le dé oportunidades de poner sus dotes al servicio de los demás, sobre todo de los más necesitados.

Hay que decir que el totalitarismo de mercado necesita para su funcionamiento desestructurar a los sujetos o impedir que se estructuren. A eso va dirigida la publicidad de mercancías, la propaganda política y el contrato de trabajo entendido como algo privado en lo que no debe intervenir el Estado.

Por eso el adensamiento del sujeto humano es el requisito imprescindible para cualquier propuesta sobre la ciudad que sea trascendente respecto del orden establecido. Si no hay sujeto, lo que se proponga se quedará en el papel.

Pero el adensamiento del sujeto no es sólo requisito imprescindible para cualquier propuesta pastoral, sino el cauce privilegiado de las propuestas pastorales. En efecto, si vivimos en una época de postcristiandad y de postsecularismo, el modo primordial de ejercer la pastoral es la relación de persona a persona: como una llama prende a otra llama. Si este modo de ejercer el cristianismo no alcanza suficiente relevancia, todo lo demás que se organice será insuficiente para lograrlo. Como se ve, ejercicio de la propia condición de cristiano y pastoral, casi coinciden: ese modo de vivir y relacionarse, a la vez que me adensa como sujeto, contribuye al incremento de la condición de sujeto de los demás.

Este tipo de pastoral primordial supone un cambio muy radical de la noción de pastoral, que ordinariamente se refiere a la acción de agentes pastorales, a proyectos, y no a procesos personales e interpersonales, tanto si se dan en el ámbito del cara a cara como en el societal.

Con esto estamos estableciendo complementariamente que no



Ilustraciones: P. Cerezo Barredo.

es posible la constitución solipsista, individualista, del sujeto humano. Y por eso estamos expresando también las diversas dimensiones y niveles de la realidad en los que debe ejercitarse, de acuerdo al discernimiento que establecimos.

Pastoral respecto de la hipermodernidad: el sujeto como resistencia y proyección profética y transformadora

La contribución al adensamiento del sujeto, tal como lo hemos comprendido, es así la superación más radical del ambiente de hipermodernidad.

Nos tendríamos que preguntar, con toda sinceridad, si de hecho el cristianismo contribuye decisivamente a constituir esos sujetos y no individuos heterónomos, que, por tanto, tienden a aceptar también la lógica de las corporaciones como aceptan aquiescentemente la de la institución eclesiástica. La pregunta de fondo es si hay muchos cristianos que quieran vivir a fondo esta autonomía y emplearla con todas sus

fuerzas en el servicio de aquellos a quienes les son conculcados sus derechos. Que equivale a la pregunta de si se celebra en muchos sitios la Cena del Señor como memoria peligrosa de ese hombre insobornablemente libre que fue condenado por poner su libertad en liberar las mentes y corazones de la gente y que murió con la libertad suprema de entregar la vida que le quitaban. Si nuestro cristianismo no crea sujetos libres y liberadores como Jesús de Nazaret, sujetos densos y conectados, es parte del problema y no de la solución.

Ahora bien, insistamos en que ese sujeto reintegrado se expresa en la asunción de su responsabilidad con los hermanos como seres históricos, sobre todo con los distintos, tenidos como inferiores y con los otros absolutos que son los pobres. Por esa responsabilidad el cristiano consciente, ni a nivel personal ni congregado en organizaciones, instituciones y estructuras, no puede formar parte del orden establecido porque es desorden, violencia institucionalizada, como clamó Medellín, que casi imposibilita la vida a las mayorías y quita la dignidad a quienes usufructúan la situación. No sólo debe desolidarizarse visiblemente sino que debe caminar en la dirección de una

No podemos resignarnos a que la teología de la prosperidad, una teología que considera que la pobreza es consecuencia de la falta de fe y la prosperidad señal de bendición

alternativa superadora. La sola profecía no basta; es imprescindible el evangelio.

Es imprescindible la pregunta de cómo lograrlo, es decir de cómo entablar una pastoral en esa dirección. Volvemos a insistir en que no hay más método que el de transmisión capilar: como una llama prende a otra llama. Tanto persona

a persona como en el seno de grupos, organizaciones e instituciones. En el primer caso, y también en los restantes, esto requiere estar vigilantes y a la altura de cada situación para poder expresar en ella

lo pertinente, para dar razón de la postura que se asume, para fundamentarla y hacer ver los costos que implica y las virtuales que ofrece. En el caso de organizaciones es preciso tomar decisiones también a nivel institucional, lo que encierra mayor complejidad ya que la responsabilidad es compartida; pero el cristiano, en ellas, no puede dispensarse de dar su parecer en la línea evangélica, haciendo ver los costos y las ganancias para la institución y cargando con los riesgos que implica tomar postura.

Otro tanto tenemos que decir en la esfera de lo político. No vale el pragmatismo ya que la política no es un terreno neutro desde el punto de vista cristiano. Por el contrario, es un campo ineludible de actuación en cristiano porque la manera como se institucionalice y funcione afecta muy negativamente o posibilita a la constitución de los sujetos y a su actuación genuina y solidaria.

Pastoral respecto del postsecularismo: deslinde con el poder que posibilita la iniciativa de los cristianos que se reúnen para alimentar su vida cristiana personal, profesional y social y para ayudar de múltiples modos

La respuesta pastoral al discernimiento del postsecularismo entraña negativamente la superación de cualquier resabio de cristiandad. Es fácil decirlo, pero no tanto llevarlo a cabo porque existen muchos lazos informales amarrados desde la época de cristiandad que operan como leyes no escritas en las que el apoyo mutuo entre la institución eclesiástica y los funcionarios gubernamentales y las fuerzas vivas se da como un hecho consabido. Esta situación implica la pertenencia de la institución eclesiástica al establecimiento. Implica, nada menos, que la negación de la sana secularidad, la negación del Concilio, la negación del postsecularismo y la justificación del anticlericalismo y, como derivación, la justificación del anticristianismo. Como se ve, es mucho lo que nos jugamos en mantener el status quo o en operar consciente y consecuentemente el deslinde.

Tenemos que tener presente que el deslinde es ruptura respecto de corruptelas, porque no son otra cosa esos privilegios

injustos que nos dan un poder que nos convierte en bienhechores y así nos impide vivir el evangelio, que demanda relaciones horizontales y libres. Es ruptura respecto de autoridades que no aceptan el estatuto democrático, que significa ser mandatarios de los ciudadanos y no utilizar la política como trabajar para sus

propios intereses y los de los suyos. Sin embargo, el deslinde es clarificación deseada por los políticos sinceramente democráticos, que trabajan por el bien común y están por tanto abiertos a la colaboración con todas las fuerzas vivas,

entendidas ahora como movimientos sociales, que contribuyan al necesario y difícil adensamiento del sujeto y a la solidaridad social, que va a contracorriente del establecimiento económico.

Este deslinde posibilita que el pueblo de Dios se dedique a la pastoral que demanda el postsecularismo, que va en la línea de relaciones y grupos que cualifiquen la vida cotidiana en aspectos bien concretos y contribuyan a cambios en la composición del tejido social, esto tanto a nivel de grupos espontáneos que se reúnen en torno a la satisfacción de una necesidad o un deseo compartido de superación concreta, como a nivel de organismos que expresen a la gente interesada en un área concreta a nivel de toda la Iglesia particular.

La razón de esta dirección pastoral viene dada por dos razones: ante todo, la preeminencia de la experiencia en este ambiente postsecularista. La impronta cristiana respecto de la experiencia viene dada por el énfasis en que sea experiencia de la realidad y que de este modo se supere el predominio del puro experimentar, entendido como mera resonancia interior ante un estímulo, en la que lo absoluto es la resonancia y no la relación real. Para nosotros sólo la experiencia de la realidad edifica al sujeto humano⁹. La segunda razón es la movilidad absoluta en la urbe contemporánea donde no existe la pertenencia al entorno donde se vive como existía en la parroquia y en la diócesis del bajo imperio y la edad media.

Hasta que de hecho no cambie el sujeto de la Iglesia y consiguientemente de la pastoral de manera que el protagonismo lo lleven los cristianos, y los presbíteros sean sus animadores y coordinadores, será imposible que ésta incorpore la versatilidad en las relaciones que caracteriza a los habitantes de la gran ciudad, y por tanto quienes vivan en su cultura se sentirán constreñidos y las parroquias y sus organizaciones serán el lugar de personas tradicionales que se sienten aturridas por tanta movilidad moviéndose dentro de los ritmos de antaño y de su orden piramidal.

⁹ Trigo, *En el mercado de Dios, un Dios más allá del mercado*. Sal Terrae, Santander 2003, 77-101; Id, *Dar y ganar la vida*. Mensajero, Bilbao 2005, 25-34.